

INCUNABLE

Prólogo de Ramón Xirau. Colección Molinos de Viento Serie Menor. Dirección de Difusión Cultural de la UAM. México, 1996.

[...] Relegada durante largas eras a escondrijos apartados, desde que fuera desposeída del sistema por especies ahora extinguidas, la otra fauna volvía a la luz desde los sótanos de la biblioteca donde se conservan los incunables, daba saltos desde los capiteles y las canaletas, se instalaba a la cabecera de los durmientes. Las esfinges, los grifos, las quimeras, los dragones, los hircocervos, las arpías, las hidras, los unicornios, los basiliscos volvían a tomar posesión de su ciudad.

Italo Calvino Las ciudades invisibles

LA ROSA

Te quiero bien
como se quiere al sol
cuando se ha pasado una noche
donde se creía morir.

Tal vez lo contundente
sea el vacío.
Mis huesos
sentencia de vida.

Cuando albea el sol a medianoche
salen a cazar cascadas y ermitas
Y con alevosía
-mientras duermen-
les atan los sueños
Van enhebrando suspiros
cuya negrura
destila desierto.

I

El vértigo del contragolpe recubre de húmedas sombras los fragmentos. Sola yace la rosa de interior verde sombrío. Mutilada, brinca de pecho en pecho, comienza a creer en la conmoción de las piedras, en la estrella destilada y el humo fatuo. Su mano oculta un anhelo de relámpago. La sal astilla sus columnas, sopla, desgaja: dentro de su cuerpo, el tú deja de ser un yo.

II

El silencio cesa por el ruido de la lluvia. El goteo acompasa el viento y el cielo azota los árboles. El tiempo vivido es un sueño. A veces se agolpa el llanto y los nombres se vuelven hueco o ceniza. Las imágenes se suceden unas a otras, pueden llenar los ojos y nublarlos, bajar a la garganta y quedarse en la voz, hundiéndose en el pecho como una daga de plata fina.

III

El mundo se cierra o se abre. No son las noches o los días, el cigarro que se apaga y se enciende, o el miedo que cercena el abdomen, o la rabia que pulsa en las manos. EL polvo se acomoda entre las piedras. Me tiritan los dedos y sangran mis ojos. No entiendo unas manos llenas de piel ajena y de cuerpo labrando ausencia.

I

¿Por qué yermo
entró este amor?

Desnudo de día y de noche
cubierto de compás
con fulgor
 pleno de palomo
gritó:

“Que por ti
broten flores y crestas
canten las nubes
 y los ocasos
que el enjambre lleve
mi nombre a tus labios
y deje en tu seno
la imagen de las arenas”.

II

Tu cuerpo agua enlazada
vapor de una idea
polvo
 de la piel

Tu cuerpo carne
espejo donde el halo
es beso olvidado
en el fuego

Tu cuerpo reencuentro
desasosiega de la palabra
rompiéndose en rayo

Tu cuerpo tala frases
que en vuelo
 raptan mis manos.

III

El árbol desbocado
mira una piedra
De tanto estirarse

aleja su propio vuelo
rueda por las hojas
Cae

La luna lo humedece
perfilando vuelcos
en la baranda
Ranura de sosiego
que huele a día
La palabra alumbra

Inhalada por un suspiro
broto de su tallo
Viento ancho
de montañas y mares
de parques que se ahogan
de truenos y rayos
va cardando la sierpe
de mi raíz interna.

IV

Osadía de la runa
a la piel enmohecida
Polvo
y sólo polvo

Rostro sonámbulo
que asalta
la frontera de tus labios

Recuento tus sombras
Memorizo cada gesto
Juro por mis venas
no desangrar la tierra.

Duerme

El mar apaga
la angustia que lo zurce

Bajo la pisada mutilante
cuánto para llegar
al extremo de la orilla
y danzar con piernas ligeras

Escuchar el rugido del agua
que atónito lame su piel
Palidecer
ante el sonido equívoco
de sus ojos

La tarde
Sus manos ásperas
arriban del oleaje
trayendo ciervos
y campo abierto

Mi nombre
escudriña el aire
Los granos de arena
se entierran en sus ojos

Enloquecido
se derrumba:

tanto horizonte
para palpar
espina
tallo
raíz.

iQué tristeza
tu nombre!

De nada sirve
el pedazo de cuerpo
donde zozobro

iPena de fuego
que siendo mujer
sólo soy gota!

Hecha de agua
quemo
Hecha de aire
el desierto...

Maldita sea la luna
como la noche
que nos parió
¡Quién quiere llanto
cuando no hay ojos
para cruzar la mar!

He abierto cada monte
 cada cerro
he desgranado cada trigo
 cada jazmín
he hilado cada letra
 y montículo

No tengo alas ni cuerpo
para echar andar
Agonía de nubes
de noche destilando estrella
y la muerte
a lomo de espuma
buscándote

Manos lánguidas
ascienden por mi sangre
con el miedo
incunable de vivir

Salto del alma a la carne
de la carne al fulgor
Fuerza de contramar

Sé que este silencio
arropa a mi niño muerto
dolor cansado de dolerse
y a mi me gusta el cielo

¡Ya basta!
¡No quiero la esperanza!
Quiero tu risa de tomillo
 tu cuerpo de luna
quiero mis días de azucena

¡Ya basta de esperas!

Arráncame de la muerte.

El suspiro del aire carece de luz
garabatea la madrugada con su eco
y las nubes anuncian el rito de la marea
Los dedos nerviosos
la voz hecha yunta
parecen inviernos recogidos en el muro
La vida se presta en sombra oblicua
al océano en flor
al claro de la vela
rostros donde no encuentro
palabras ahogadas rastreando cuerpo.
Recorro la añoranza
pliegue de un tiempo:
"Tú acercándote a mi brazo
--refugio cincelado--"

Saberme rosa
es invocarte
en el centro
del laberinto.

Lo que no supo la rosa
es que su hilo
no llevaría la muerte
del Minotauro
que ovillaría
 en vano
hasta ser soplo de Pegaso

Lo que no supo la rosa
es que era un laberinto
y su sangre
 el río

Cuestión de nombres
 de hebras enredadas

Rosa
Minotauro
Pegaso:

Gotas en un sueño de humo.

LA ROSA Y EL PEGASO

El halo se evapora
Reminiscencia:
beso nunca más frágil
que cuando quebranta
la sombra
del solo nombre.

Hubo temor
latir de la tierra

La afrenta reclamaba
el rumor de un monólogo

Desvanecida
solté las amarras
Supe la tesitura
 de su piel
y me adentré
 en el laberinto:

--la Rosa...

Después del crepúsculo
el amanecer

Destajo la media luz
miro el silencio
dibujar tu rostro

Premonición
 estatuas
 de sal

--¿De qué color serán
 tus ojos?
¿Árbol
 espuma lunar?

Dormitan los muros
abrazo la calle
clavo el cielo

No hay redención
 ni retorno.

De nada sirvió
conocer el rumor
de hojas
A veces lo recuerdo
No lo sé...

Recuerdo
las alas
la espesura
-caos en deseo-
el lirio blanco

Hipnotizada
en sus ojos
caían luciérnagas
de fuego
me envolvía su crin

El hilo se desvanecía
entre mis huellas
un eco en su pecho:

--¿Conoces la rosa?

Vacía en nocturno
asalta el filo
absorto de la espada

Las estatuas ardientes
apaciguan el ritmo
La mirada se diluye
en la hondura de la tierra

La memoria no es consuelo
cuando el suspiro
 es cabalgar en desierto

Brilla el agua
reflejo de plumaje
que no comprende
este cuerpo
 sostén del alma
se deshace en temblor
al rasgurar tu presencia
el aire

Ni líquenes
ni marisma
sólo nubes transparentes
manía de buscarte
entre estas venas
vivas en serpiente

Sólo piedras
agua de más piedras

Silencio
Hoy es el día
de mi nacimiento

Sentí el golpe
Se desprendieron
 las plumas
la savia
 escurrió hasta las arenas

Vi sus ojos
llenos de palomo
 de mar lejano
y comprendí
el vuelo de la ceniza
y el rumor del pétalo.

Entre runas
lo vi clamar
 su desconsuelo

Era tan blanco
tan perfecto
 en su blancura
parecía palomo en celo
picoteando la tierra

Cerré los párpados
y detuve su imagen
en mis manos

--¿Conoces la rosa?

Jugábamos a perdernos
a olvidar los nombres
en el cuerpo
El polvo se metía
 en la piel
duda que merma el acierto

Siempre en los cirios
 en la piedra
 o en el campo

se enredaba en mi pelo
y era hilandera
 cortando fuego purificador

Se escapó de noche

Hay momentos
en que siento
 su presencia
huelo sus espinas
de tierra húmeda

Veo sus ojos
forjando aguas
río violáceo

En sueños quise acariciarlo
y no supo quitar
 el humo de mis labios

Su alma se desesperanzó:

era el sueño de la rosa.

Me retorcí
Animal herido
que se obliga
a ir hacia atrás

Con el cuerpo acalambrado
juré no marchitar

Vuelo atrapado
donde el amor
 se niega y
 se asume

Centelleo

¿Quién parirá un pegaso
 de las paredes blancas?

¿Cómo reconocer mi rostro
de ése que reclamas tuyo?

Es tiempo
de sacar el llanto
que se arrastra
hasta el lamento
De olvidar esa muerte
de mis manos
entre las tuyas
Es tiempo

Y tú
tratando de amurallar
los abismos

Y yo
cuerpo
mutilado en flor.

La rosa está ahí
llena de rumor

Su silencio
hiende la tierra

Su pensamiento
respira aura de hielo

El universo es fragmento
de uno de sus pistilos

Condenada a la espina
el tallo clama pétalo

Desconoce el aroma
y la trampa del laberinto

No reconoce el hilo
ni el rumor del mar

Dolida de cristal
los reflejos la dominan

Consumirse
sin consumirse
de pura agua
para cerrar los abismos
y caer en el sopor
de un sueño
más profundo.

LA ROSA Y EL MINOTAURO

Atrapada
en un verso
condeno y maldigo
las letras que te nombran

eco del cuerpo
sombra del alba.

Llueve

las gotas se deslizan
por el tallo
humedecen las hojas
las flores caen
al peso del agua

Los pétalos
desmembrados
escurren savia

La mirada tropieza:
no hay rosa
sólo memoria.

En el centro del dédalo
Permanecen las raíces

Extiendo mis brazos
envueltos en noche
de monte verde

Aquí
aguardo su llegada
de olivo fresno
Esculpo arena
 engrano de sal

Desde el encierro
no arden las ventanas
ni penetra la luz

Siendo gaviota
no cantar trino
y en amor descarnado
esperar
en espina y rama
a que semille
el Minotauro

Dime viento:

--¿Conoces la rosa?

La Rosa y el Minotauro:

Nada queda después de la noche
quizá cierto olor de aire turbio
o una mirada hecha rayo
El tiempo se apacigua
y el agua es remanso
para la frente que florece

Altas son las paredes
de este laberinto
la luz no penetra
y todo se aquieta

Sólo un resoplido
la piel reluciente
los cuernos marmóreos

Sus manos dibujan la arena
las palabras escritas con humo
que adormecen
la próxima embestida

Lamiendo destino
 va en plagio de un canto
 que le desdibuje el rostro
 y le haga hombre de carne y hueso

--¿Dime, dime, dónde queda Minos?

--Ahí donde se alberga el mar

--¿Dime, dime, dónde queda el mar?

--Lejos de las estrellas

--¿Y al cielo, lo has visto?

--Solo, negro y tintineando

--¿Se ha quedado en el tiempo?

--No hay tiempo en el silencio

--¿Dime, dime, cuando se acallan los gritos
 y la sangre se derrite
 en vela apagada
 y el cuerpo en estertor
 arranca su hálito
 y la vida se torna
 remanso de lirio
 y el desierto fulge
 en rojo oro

las palomas

toman vuelo?

--¿Dónde están las voces

la ciudad

la risa

los días

la cadencia

el golpeteo del mar?

--¿Dónde el sueño que resguarda del temor
quién ha de sacudir los clavos

las cadenas

las ventanas?

--¿Cómo volver

si he perdido el paso

si tiemblan mis ojos

si las imágenes se quiebran?

--¿Cómo volver siendo bestia
sujeta al delirio del fuego?

Vuelco la fuerza de una caricia
¿Será la muerte añeja
quien niegue este enjambre
o el palpitar de un pétalo
quien destruya la espina?

--Háblame

acudiré a tus labios

escucharé tu aliento

en tu piel

se diluirá la luz

y el canto del trigo

sanará la sangre

--Dime, dime Minotauro

¿Cuándo ha de despertar

el fuego de la tierra?

¿Cuándo terminarán las aguas

de anegar la senda?

¿Cuándo he de besar

tus llagas?

--¿Y el laberinto?

--El laberinto es la Rosa.

Minotauro:

Arando la piel
encuentro la vida
en ruptura plena de fuego
Al arar el cuerpo
se forma cobijo
 en el tuyo
tierra virgen
que endurece el alma
tierra fértil
golpeando el pecho

Arante el alma
es pluma en tu seno
¿Cómo apresar tu suspiro?
¿A caso es para ello
 el beso?

Rosa:

Antes sabía
 los nombres
 de las flores
a veces los recuerdo:
se me impregnaron
 en mi piel.

Minotauro:

La luna impera
en estos árboles
donde llegas arrebatada
de guirnaldas arremolinando
 el derrumbe

Destiempo:

 luz que estalla
 bocas que ya no besan
 En puro chancro
 se hunden los ojos
Y el piso es el mismo:

sangre
 tiñendo palabras

El amor
 qué mal parido.

Rosa:

El amor hace frágil al mundo
lo doblega
viento encrestado
en cierne deshoja
la más etérea aurora
y es puñal

El amor no es el beso
que palpita en la boca
es silencio
que arrebató la última palabra
es engaño de sombra y fango
Cubre todo aliento
y no es caricia
 ni deseo
sólo idea lejana y perfecta.

Cuando el amor encarna
pierde madrugada
y encalla el alma

Derrumbe de la piel
que hace de los hombres mar
y de las mujeres arena

El amor encarcela
en testimonio
 tallo resurrecto en espina:

El amor es la nada.

Minotauro:

Encerrado en círculo perfecto
se agostan las savias
la vida padece sin remedio

Mi Amado las montañas
San Juan de la Cruz

Colapso del misterio
Límite de mi amado
Los muros

Atrapado
 en el agua
se debate en resquemor

Enjambre hirviente
 lava que carcome
 la mañana

Coronado de nieve
 acecha
mis manos de luciérnaga

Sus cuernos de tornasol
apuntan a la carne
y se hunden en el pecho

¿Quién te amamantará
 en la herrumbre
 de los soles?

Mi amado:
El ínfero.

Minotauro:

El ínfero no es el sueño de una noche
ni el abigarrado vacío de las manos
ni siquiera el terror de las hortensias
ni el canto del alba cuando agoniza

Son los destellos de un cristal
que se encaja hacia adentro
el llanto negro que no se libera
y el pecho ajado de podredumbre

Paloma que no atemoriza
ni mirada evocadora
vagabundear en la hiedra

como mi voz por tu palma

Y en la piel se acoge el tiempo
y nada parece porque nada hay
ni canto, ni aire
alumbrando el fuego

El ínfero son tus palabras
que me quiebran en espiga seca
y la sangre que escupes
para enterrarme en el silencio.

Rosa:

Cuánta sangre moribunda
La luz opaca de las estrellas
destila cristales
que hienden el alma

Enceguecidos los ojos
pierden su ser
no miran
ni escurren
por sus aguas

Cuánta pena
El amor mal parido
destruye verdor

¿Cómo borrar
la caricia que no se dio?

He enmudecido
no entiendo tanta herida
¿quién querrá este chancro?

No es llanto por el cuerpo
es la ausencia
del ínfero.

Arena:

La paz acalla el abismo
donde se estanca el sonido
Lejos de este cuarto
la vida
y los recorridos
 de la sombra
son los pasos de alguien
 desconocido

El piso se deforma
¿Dónde el error
del silogismo perfecto?
¿Es que hemos desterrado
el canto del polvo?
 ¿árbol
 río?

Los deseos se abarrotan
se escabulle el gemir
por la rendija de arcilla.

Minotauro:

Después de la nada
 una luz sin brillo

Recoger los huesos
hacer maletas

Los recuerdos se lavan
dentro de los ojos
 una palabra silencio.

Rosa:

La hora de partir
La anuncia el aire
 la vereda
el sol pintado de nube
pero el contragolpe del mar

detiene mis raíces

El olor fresco a espuma
embriaga el contorno
de mi cuerpo
no tengo coraje
para arrancarme

La deuda de las arenas
me nombra desde el fuego

Asida a tus brazos
Resisto

Sólo quería mirar
para que en la noche desierta
pudiera sostener la vida

Lo que no sabía
era del color de tu ojiva
el retoño de la luz
la daga alzada por tu mano.

Minotauro:

Nada sé
de esta ausencia
plena y confusa

Nada sé
de estos muros
donde se erige la tierra

Vacío que se trasfuga
en hoyo negro
ensueño que huele
a sepulcro recién lavado

Viene a mí marchito
el sendero al rosal

Mi frente es lisa
como hombre a punto
de germinar
mis manos de madero
gritan contraviento:

¡La rosa!

¡La rosa!

Polvo

aque!

cuando amanece.

Olvidar su mirada
su olor
el tacto de su aliento
y el resguardo de su piel

porque las manos están vacías
y los ojos son zarzas
que no queman el dolor

Las flores
desmoronan
el roce de la luz

Los caminos del dédalo
se pierden en el aire.

En Minos

Minos

El Minotauro se despertó. Le dolía la frente, aún quedaban rastros de dos piezas de marfil. En sus manos permanecían vestigios de pezuñas y en el cuerpo, heridas de lucha contra un alado blanco.

Sonrió a medias. Se detuvo en cada recoveco de su taller y no acertó a comprender la hojarasca de pétalos deshojados.

Quizá no existe el laberinto: sino el desierto y los soplos sin cuerpo.

PRÓLOGO

La poesía de Mariana Bernárdez, ha variado de un libro a otro, de Tiempo detenido (1987), Rictus (1990), Nostalgia de vuelo (1991), Luz derramada (1993), Réquiem de una noche (1993) a El agua del exilio (1994), vuelve a sus variaciones en Incunable, este libro que hoy se ofrece al lector. Pero hablar de variaciones es ya hablar, en términos musicales, de un tema. El tema de la poesía de Mariana Bernárdez está relacionado al encantamiento, al conjuro, a la religación. Me explico para referirme, después a algunos aspectos esenciales de Incunable.

Encantar, acto a veces religioso, a veces mágico, a veces pura maravilla como en los cuentos de hadas. Siempre acto amoroso y con voluntad de amor en esta poesía que también habla de la rosa.

Conjuro, es decir, exorcismo que realizamos juntos -tal el sentido originario de la palabra "conjurar"-, conjuro que nos une, nos reúne no ya en el terreno de la magia sino en el de la religación entre los hombres, los que dicen, los que oyen y sobre todo los que conversan, los que intercambian palabras, y en algunas ocasiones rezan. La poesía es así palabra, pero palabra sagrada.

Incunable, hay que decirlo: este poemario es hermoso. Lo es en sus metáforas a veces rípidas, frecuentemente amplias, anchurosas -la rosa tiene espinas y es, toda ella, suavidad de la piel y floración.- La muerte está muy presente en estos poemas, acaso de este poema único que es Incunable. También el amor bajo la especie del deseo, del olvido, de la voluntad erótica, de la ausencia de la vida y de otras vidas. Tal vez, sobre todo, presencia: del cuerpo, del tacto, de la mirada, de la conciencia, del espíritu. Muy presentes, los cuentos, los signos, los mitos hechos en poesía.

No quiero descifrar en unas breves palabras el sentido único y vario de este Incunable. El lector tendrá que ver en él todo un mundo riquísimo, imaginario, fantástico y, a la vez absolutamente real. Verá así, y podrá oír con Mariana Bernárdez, un mundo complejo, intenso. Mariana, una de las voces nuevas en la poesía y ya una de las más hondas, vivas, personales, entre los encantamientos, los conjuros, la ley de la leyenda.